

CONDUCTA POLÍTICA COMO REFLEJO DE LO AGRARIO¹

El cuadro que de Boyacá se ha presentado en las páginas precedentes —una pintura del presente con su perspectiva histórica— permite observar a una típica sociedad agraria en un momento crucial: aquel cuando empieza a avanzar de un estado casi estacionario para dar los primeros pasos hacia el progreso moderno y apresurado, hacia el mundo tecnológico. Ahora, al borde de una revolución industrial, Boyacá está experimentando mutaciones en la base social, quizás por primera vez durante los últimos 400 años. Su tradición agraria y conservadora, su pauta de relaciones personales y directas, su familismo y otras formas de conducta, están sufriendo un serio quebranto a medida que el *Wesenwille* o voluntad natural del grupo, lentamente deja lugar al *Kürwille* o voluntad racional, y al paso que los modernos sistemas de comunicaciones y transportes, rompiendo el aislamiento físico y cultural, revitalizan completamente el proceso del cambio social.²

¹ Texto extraído de *El hombre y la tierra en Boyacá: bases sociológicas e históricas para una reforma agraria*, Bogotá, Antares-Ediciones Documentos Colombianos, 1957, pp. 217-235.

² Las nuevas esperanzas de progreso levantadas especialmente por el proyecto de la Siderúrgica de Paz de Río se reflejan en artículos como el de Oliverio Perry, “Hacia un plan integral de la economía boyacense”, en *Economía Colombiana*, año IV, N° 10, febrero de 1955, pp. 35-38.

No significa esto descontar la fuerza de las tradiciones que aferran al boyacense a su pasado; ellas continúan en dramática competencia con las nuevas formas, aunque parece que en esta avalancha llevan todas las de perder. Precisamente, ya que el cambio es inevitable, habría que estudiar las formas de canalizarlo por vías constructivas, salvando en lo posible aquellas cualidades que adornan a la sociedad campesina: el sentimiento de hospitalidad y simpatía, la constancia y la valentía en el esfuerzo, la objetividad en los aspectos prácticos de la vida, el sentido de la seguridad y del honor que se encuentran en las comunidades rurales, la solidaridad familiar, la honestidad, la fe en el Todopoderoso. Tratar de detener este proceso de cambio, sea por la violencia, por la acción política o por otros medios, sería no sólo contraproducente, sino causa de traumas colectivos, de resistencia y de tensiones insoportables.

El capítulo anterior, acerca de la estructura del grupo ecológico, describe contracciones y expansiones de comunidades que bien recuerdan a la amiba, en la lucha por formar nuevas y más extensas áreas de interacción. Si las fuerzas racionalistas, en el sentido weberiano, ya desatadas continúan trabajando con igual o mayor intensidad que hasta el presente, el resultado final podría preverse como una sociedad “coherente y heterogénea”. Llevar un registro de estos cambios a medida que vayan ocurriendo, observar el efecto que diferentes factores puedan tener en el retardo o en la aceleración de los procesos, son tareas del mayor interés desde muchos puntos de vista.

Sin embargo, el presente estudio debe terminar en este punto, donde se precisan análisis más detallados de los procesos sociales. Es ésta una tarea para el futuro. Por el momento cumpliríamos con nuestro propósito si los sociólogos científicos y los planificadores llegaran a tener un cuadro objetivo de las cosas locales. Así, en este estudio se han considerado las características ecológico-humanas de Boyacá como muy significativas y dignas de examen, y como indicadoras de la realidad del país y de una gran parte de Latinoamérica. Las relaciones entre el hombre y la tierra en este departamento, como en muchos otros, dan pauta al *ethos* que per-

mea a todo el grupo: se encuentran ellas en el corazón mismo de la existencia diaria, dan significado a hechos del pasado y ofrecen una base para el mañana. Es aquí donde radica la importancia del examen de estas relaciones: como se expresa en la introducción, su estudio casi llega a constituirse en el más adecuado análisis de las propias bases sobre las cuales se funda no sólo la sociedad boyacense, sino la colombiana y la latinoamericana.

Ciertos factores y características merecen ser relevados someramente, por la forma como se reflejan en la conducta de los individuos y, en consecuencia, por la manera como señalan una política estatal y privada definida, para promover el desarrollo del departamento. Con base en este análisis, se podría entonces entrar a discutir una verdadera reforma agraria para Boyacá y el país, reforma que, como queda dicho, urge por su significación política, económica y social.

El primer factor es la tremenda variación topográfica de Boyacá, desde las selvas tropicales del valle del Magdalena a las montañas nevadas de Güicán. Esto ha sido en sí mismo un obstáculo para el progreso material. Sin embargo, el territorio boyacense al mismo tiempo ofrece grandes posibilidades en riquezas minerales, en el aprovechamiento de la fuerza hidroeléctrica que tanto se necesita para vivienda e industria, y en el cultivo de los más diversos productos.

Esta heterogeneidad en la economía rural es deseable. Sin embargo, una mayor atención por parte de ministerios y servicios de extensión al problema de la erosión en las vertientes cultivables y un mayor esfuerzo para transferir la agricultura intensiva de las laderas a los valles y planicies, detendrían el despilfarro de los recursos naturales y humanos y aumentarían considerablemente la riqueza del departamento. Por ejemplo, la cordillera ofrece grandes posibilidades para el levante de ganado lechero en forma que causaría la envidia de otras naciones; el programa de mejoramiento de pastos del Ministerio de Agricultura haría de las vertientes lugares más favorables para el ganado.

Es éste un problema del cual se ha escrito tanto durante los últimos años que a fuerza de repetición puede estar perdiendo

interés. Lo han señalado agrónomos y sociólogos, técnicos extranjeros y turistas. Parece que hay opinión unánime en el sentido de que la situación debe cambiar; pero muy pocos planes positivos se han presentado al respecto. Entre éstos vale considerar el de la Misión Currie, de 1950, que advocaba el impuesto progresivo sobre la tierra deficientemente explotada,³ plan que produjo una reacción entre airada y temerosa en algunos órganos de prensa y en sociedades gremiales.

Al cabo de estos años de recapacitación serena, debe admitirse que la reacción se fundaba en una lectura parcial del *Informe Currie* y que a fin de cuentas la base funcional de la propuesta es aceptable: crear un catalítico para que la tierra no se desperdicie. Sistemas parecidos tienen vigor en todos los países más desarrollados. Para poder implementar esta reforma en Colombia se necesitaría en primer lugar de un completo estudio catastral que fijara los precios reales de la tierra, siguiendo en vigor el impuesto básico estipulado por el Decreto 2.473 de 1948 (cuatro pesos por cada mil).

Esta rata básica se aumentaría según la ganancia neta de la tierra comparada con el porcentaje determinado por el Instituto Geográfico, y se exceptuarían tierras reforestadas o sembradas de ciertos cultivos como el cacao. Con el producido de estos impuestos se podrían financiar los servicios públicos municipales, tan descuidados por tradición, así como la construcción de carreteras y caminos vecinales. Por supuesto, existen alternativas de este plan que podrían considerarse.

En segundo lugar, la desigual distribución de la población de Boyacá indica que existe una desadaptación en la explotación de los recursos; cuánta, no es posible por el momento medirla, a menos que se utilicen índices refinados como el de ganancia máxima per cápita. La superpoblación de las mesetas y valles andinos, que llega a una densidad demográfica de 256 en una

³ *The Basis of a Development Program for Colombia*, informe de la misión dirigida por Lauchlin Currie, Washington, International Bank for Reconstruction and Development, 1950, pp. 384-386.

sección y a más de 100 en 14 municipios, es fuente de pobreza y de conflicto debido a su desequilibrio con la producción local, mientras que en regiones aledañas los recursos son inexplorados. Ya que la emigración se está efectuando de forma autogenerada, y aun a departamentos densamente poblados, como lo son Cundinamarca, Caldas y Tolima, valdría la pena considerar un proyecto de colonización dirigido hacia regiones tales como la vertiente oriental de los Andes, destinado a aliviar la presión demográfica del centro del departamento y a moldear y facilitar el intenso movimiento colonizador que ya existe en esa región. Un primer paso sería la construcción de varias vías de penetración hacia las vertientes. La alternativa radicaría en el fomento de industrias y de ocupaciones urbanas como adelante se menciona, aunque más se ganaría si se pudieran combinar ambos aspectos, el de la emigración y el de una continuada industrialización local.

Esta propuesta se hace aún más urgente a medida que, debido a progresos médicos e higiénicos, bajen los coeficientes de mortalidad, especialmente el infantil, sin que disminuya el índice de fertilidad. Además, no es justo que la mujer boyacense tenga que seguir haciendo las faenas agrícolas que tocarían a los emigrados y al mismo tiempo cumplir con los deberes domésticos.

El gran dominio de la granja aislada como tipo de poblamiento en este departamento, el más rural de Colombia (90%), es razón para meditar sobre sus efectos en la manera de facilitar los servicios públicos, tales como agua y luz, a los agricultores. Es cierto que aquí las fincas son pequeñas y que por lo mismo las casas están más juntas; pero brindar servicios a estos campesinos aislados todavía resulta costoso y difícil. Se ha observado que construir nuevas carreteras y caminos provoca en los agricultores la modificación de los límites de las propiedades y el cambio de sitio de las viviendas. Quizás este proceso se verifique en Boyacá a medida que se abran nuevas vías por los empinados riscos; pero desgraciadamente ésta es una solución demasiado lenta. Mientras tanto, será necesario que los empleados de extensión agrícola, los que organicen campañas educativas y los que trabajen en asuntos como el desarrollo económico, hagan planes prácticos teniendo

en cuenta la realidad actual y promoviendo experimentos con barrenas manuales, molinos pequeños y con plantas que sirvan a un buen número de vecinos. Por supuesto, el Estado puede y debe contribuir con la construcción de hidroeléctricas.

Para muchos observadores, este patrón de asentamiento en granjas dispersas es una de las causas del notable individualismo del campesino boyacense. Quizá lo opuesto sea también cierto, es decir, que el individualismo del campesino se exprese en granjas aisladas, pues en este caso la causa y el efecto se compaginan como en un círculo. Lo curioso del caso es que los indios chibchas, que aparentemente tenían un espíritu comunal en muchos aspectos, también vivían según esta forma de poblamiento. Actualmente, desde el punto de vista histórico, podría decirse que el tipo de granjas dispersas, heredado de los mayores y confirmado en años de lucha contra la forma de colonización del blanco europeo, es una expresión del individualismo de los habitantes. El sistema de tenencia de la tierra, el tamaño de la propiedad, la fragmentación de la misma y el sistema agrícola han coadyuvado a que se dispersen.

Pero si se observa luego el funcionamiento de este tipo de poblamiento, habría que admitirse que promueve la falta de sociabilidad, el retraimiento, la reserva y la timidez. Es una de las causas de que el campesino piense más en sí mismo que en la comunidad, es decir, lo torna en un egocéntrico, lo confirma en su individualismo básico. Sin embargo, no es ésta razón para pensar que el campesino boyacense no pueda participar en actos comunales. Ya se explicó que existen costumbres tales como el convite, que dicen de una tendencia a la cooperación. El sentido cooperativo apenas está atrofiado; siendo resultado de un proceso educativo, puede perfectamente fortalecerse por medio de campañas y líderes hábiles. En este sentido es mejor ir despacio y organizar compañías de dos personas o cooperativas de tres o cuatro, como se hace en Alemania para la compra de maquinaria por pequeños agricultores.⁴

⁴ Información interesante en este sentido, así como en otros que tienen que ver

En forma similar, la estructura socioecológica actual conduce a una insularidad en la cual las relaciones primarias, cara a cara y frecuentes, son de capital importancia. Debido a la intensidad de la mezcla racial y al predominio del mestizaje, no existen subgrupos ni divisiones encontradas que ofusquen las pautas comunales, como sucede en otros países. Ni se encuentran extranjeros, que sólo ascendían a 336 en 1951, y sólo muy pocos evangélicos o protestantes que desvirtúen la homogeneidad religiosa. El mundo en esta situación es lo que se ve y lo que se tiene a la mano, y hay que desconfiar de lo que sea distinto de este mundo local conocido, así como de lo que llega a él.

Es éste un hecho que no necesita ser recordado a los investigadores de las cosas del campo, a los empadronadores, los misioneros y aun a los comerciantes y los profesionales que prestan sus servicios a la población rural. El hombre del campo se reduce mentalmente a lo inmediato, desconfiando de lo exótico en actitudes que son difíciles de explicar, excepto como resultado de un acondicionamiento histórico-cultural. Las explicaciones atávicas, aquellas que hacen referencia a la herencia de la sangre y del paisaje, a la melancolía indígena, al ancestro indio, son callejones que desde hace más de 40 años han demostrado no tener salida ni ningún mérito, excepto el literario. Por ejemplo, no hay prueba de que los chibchas fueran abúlicos y tristes en el momento de la Conquista, y que hayan transmitido esta abulia a sus descendientes; por el contrario, si se leen las crónicas sin prejuicio, hay razón para pensar lo contrario. Lamentablemente todavía en Colombia se da crédito a estas teorías insulsas y hasta se ha propendido por traer al país inmigrantes sólo para que “mejoren” la raza o la hagan más “bella”.

En cambio, piénsese en el acondicionamiento cultural histórico —algo que el hombre sí puede controlar— que le ha tocado

con el manejo de fincas pequeñas, se encuentra en Organisation for European Economic Cooperation, *The Mechanization of Small Farms*, Philadelphia, Commission on Intergovernmental Relations, United Nations. FAO/ECE Agriculture Division, 1955; véase Margaret Digby y R. H. Gretton, *Cooperative Marketing for Agricultural Producers*, Roma, FAO Development Paper, N° 53, 1955.

vivir al campesino, incluyendo el trauma del contacto inicial indio con la cultura occidental representada en los rudos conquistadores, el de las revueltas abortivas iniciales contra los españoles, el del tratamiento opresivo y rutinario en mitas, conciertos y reducciones misionales, el del movimiento nativista de Pisco, el de la Guerra de la Independencia, el del cambio de tenencia al terminar los resguardos, y el del caos económico y social de las guerras civiles, aparte de las pequeñas pero grandes luchas diarias del indio y del campesino contra la penuria y la explotación. Muchos desengaños, la pobreza y la sublimación religiosa del sufrimiento fueron el resultado de estas gestas.

Así, las relaciones del campesino con patrones, caudillos y gamonales, con individuos educados o de alguna categoría, no han sido del todo constructivas o benéficas para el primero, aunque sí mucho para los segundos. Desde el encomendero piadoso pero egoísta, hasta el moderno intermediario metalizado y frío, los que han pertenecido a algún estrato social superior al del campesino se han sucedido para explotarlo. Aunque con honrosas excepciones, esta historia lleva ya 400 años. En este período aquella actitud de reserva hacia extraños y superiores no ha podido menos que cristalizarse; en tal sentimiento de desconfianza los campesinos adultos instruyen a sus hijos. Y tienen toda la razón al perpetuar tanto aquella actitud de reserva como esta desconfianza.

No quiere decir esto, sin embargo, que los boyacenses no tengan capacidades para cambiar su situación, como se ha pretendido lamentablemente en ciertos círculos intelectuales que preferirían “inyectar nueva sangre” a los miembros del departamento o mantener el *statu quo*. Precisamente, los boyacenses han demostrado muchas veces que tienen las capacidades necesarias —y ésta es la gran esperanza—, en especial cuando han emigrado hacia otros ambientes, como el Quindío y el Tolima, y se han convertido en ejemplos de empresarios agrícolas. Los talentos están allí, escondidos y enmohecidos, pero listos a resplandecer cuando la cultura brinda la oportunidad.⁵

⁵ Este optimismo, en contraste con algunas actitudes tradicionales en el país, tiene

De todas maneras, el hecho de que Boyacá se encuentre aún en esta etapa provinciana e intolerante del vecindario, desde el punto de vista de la organización social, señala la posibilidad de utilizar este grupo ecológico como base para planes de desarrollo; éstos habría que concebirlos en forma sencilla e integral, adaptada al microcosmos que afectarían, pero con vista a los efectos fuera de él. Las veredas pueden ser identificadas y actualmente tienen más vitalidad que las comunidades que forman. El reconocimiento de la vereda como una asociación íntima de familias rurales, no sólo en el terreno sino en las mesas de planificación y en los presupuestos municipales y departamentales, es de la más básica importancia para llevar a cabo con éxito el cambio cultural dirigido que necesita Boyacá. En particular es necesario que la organización política y gubernamental de los municipios se extienda en forma más efectiva y autónoma hacia las veredas, con el fin de auspiciar el progreso de éstas y dar mayor vigor al proceso democrático.

Esta omnipresente insularidad tiene una peculiar expresión en el sistema de división de la tierra. El sentido de la confianza y del honor internos y el conocimiento personal entre los miembros de la comunidad hacen posible que funcione el método de delimitar las propiedades por medio de mojones y linderos. La tradición vela por los límites y el vecindario implementa un sistema formal de controles para evitar el caos en el usufructo de la propiedad. Son graves delitos cambiar linderos o rodar cercas, pero el hecho de que pueden cometerse, existe. Testigos de alguna edad se reúnen para restaurar el equilibrio por medio de declaraciones juramentadas en referencia a vecinos y lindes; pero conflictos y tensiones interpersonales surgen de esta manera

base en las investigaciones de campo del autor y en su íntimo contacto con los mismos campesinos, y ha sido expresado *in extenso* en su libro *Peasant Society in the Colombian Andes: A Sociological Study of Saucio*, Gainesville, University of Florida Press, 1955, pp. 195-246, así como en el artículo "El campesino cundiboyacense: conceptos sobre su pasividad", en *Revista de Psicología*, año I, N° 1, 1956, pp. 74-83.

empírica de fijar la propiedad, y la situación del propietario a fin de cuentas se torna precaria.

Al resquebrajarse la estructura ecológica y perderse su insularidad (ésta es la tendencia del momento), el presente sistema catastral habrá de resultar aún más deficiente. La movilidad horizontal y la emigración harían perder fuerza a los testigos sobre quienes descansa en gran parte el funcionamiento de los linderos; cambios frecuentes de dueños o dueños pasajeros complicarían el problema. Además, muchas tierras nuevas no se han explotado por falta de seguridad en los títulos, por ser vivero de futuros conflictos. Por esto deben verificarse sin pérdida de tiempo reconocimientos exactos de todas las tierras baldías en Boyacá, para evitar que el sistema de linderos y descripciones verbales, implantado por los Carolingios en la Marca Hispánica hace más de mil años, se extienda a los nuevos dominios que se incorporan en el siglo XX. Es urgente adoptar el método astronómico de determinaciones catastrales y su derivado de registros notariales. Poco es lo que se puede hacer en las áreas ya ocupadas, excepto quizás proceder a levantar mapas exactos (éstos pueden servir en caso de disputas) y construir linderos que sean más firmes y duraderos y que tengan también referencias astronómicas. Si no se dan estos pasos, el fomento agrícola y el crédito territorial se obstaculizarían, ya que no habría títulos claros sobre los cuales basar las garantías.

Siguiendo adelante con el análisis, el tamaño de la propiedad es una causa de la concepción limitada del mundo que tienen los campesinos boyacenses, puesto que, siendo el minifundio una forma predominante, y ocurriendo en condiciones agrícolas, topográficas y edafológicas adversas, ha contribuido al desarrollo de la pobreza. Esta pobreza tiene consecuencias en la conducta: se refleja en la falta de educación, en elementos recreativos rutinarios, en deficiente alimentación, en descuido personal y de vestuario, en un bajo nivel de vivienda y en degradación moral y política.

Aunque en Boyacá haya mayoría de propietarios, gran número de éstos no ocupan sino la base de la pirámide social, pues

alcanzan a practicar sólo una agricultura de subsistencia que les impide escalar niveles superiores que no los deja liberarse por medio de las máquinas y que no les permite desarrollar su poder adquisitivo como consumidores. Durante los últimos 200 años, especialmente, la tendencia predominante ha sido la atomización de la propiedad por la parcelación de los antiguos resguardos de indígenas y haciendas, por la ley de herencia y por la “economía del centavo”, todo lo cual significa que las fincas se han ido dividiendo y subdividiendo continuamente, aumentando así el número de las que se encuentran a tan bajo nivel de productividad.

Pocas tendencias son tan peligrosas y perjudiciales. Debe hacerse todo el esfuerzo posible para que los habitantes caigan en cuenta de esta clase de erosión social interna y propendan por libertarse de permanecer para siempre en esta situación submarginal. El Estado debe estudiar las posibilidades de aumentar el tamaño de las propiedades para convertirlas en explotaciones unifamiliares de mayor categoría o conservarlas como tales, en las que los dueños puedan ejercer con mayor dignidad y provecho la triple función de capitalista, empresario y obrero. Podría llegarse a esta meta por medio de arreglos colectivos con los propietarios que conduzcan a una redistribución, facilitando el crédito, propiciando la emigración de familias hacia zonas menos congestionadas y fomentando una naciente tendencia a conservar heredades consolidadas en forma de sociedades o como propiedades *in diviso*.

El *Weltanschauung* reducido que proviene del minifundio tiene otra expresión definida en una actitud que puede identificarse como agrocentrismo. Casi todo en el campo se revuelve alrededor de la tierra, de la agricultura, del tiempo y de las plagas. Es señal de distinción que un campesino pueda hablar sobre temas que no sean agrícolas. Así se reconoce en esta canta o copla recogida en el valle de Tenza:

*El probe no sabe hablar;
que calle y cierre la boca.
Si el probe estrena un sombrero,*

*cualquiera le hace la choca;
cuando el hambre lo atropella,
comer arepa le toca.*

Lo primero que hace el agricultor al despertarse con el canto de los copetones, es fijarse si ha llovido, si ha “nevado” o si hace sol. Piensa en las aspersiones que debe hacer a la papa, en el número de botellas de leche que le ha de dar la vaca, en los abonos que habrá de comprar para el año. En contraste con otras ocupaciones, la agricultura ejerce un hipnotismo sobre el campesino por medio de la rutina en el cuidado, sus limitadas posibilidades de mejoramiento en las tradicionales circunstancias, su dependencia del ciclo vital y del tiempo y lo oneroso de las tareas. Hipnotismo que maníata y embrutece cuando el campesino no es capaz de liberarse por medio de la tecnología y se convierte en aquel “hombre del azadón” que pintara Millet para vergüenza de la humanidad. Aún así, encuentra salida en expresiones artísticas, particularmente en las cantas, la música y el baile, que quedan saturados del olor del campo:

*El amor y la naranja
se parecen infinito:
que, por más dulces que sean,
de agrio tienen su poquito.*

*Tengo de comprar mi ruana
masque me cueste una res:
teniendo mi ruana grande
me pueden nombrar de juez.*

Cristaliza este agrocentrismo en el conservatismo de las gentes, en su tendencia a guardar por muchos años elementos culturales casi sin alterarlos. La rutina agrícola promueve una rigidez en todas las otras fases de la sociedad rural, como si al hacer de engranaje central, girando lentamente, no dejara, por sus dientes, que las otras ruedas de la cultura a ella ensambladas corriesen a

su arbitrio. La música, por ejemplo, parece ser una versión local de la española del siglo XVI que trajeran los colonos peninsulares, guardada casi sin sufrir cambios.⁶ El vestido femenino parece provenir del siglo XVIII; el masculino, de la época de los arrieros.⁷ El lenguaje campesino es una versión casi fiel del español del siglo XVI, el de la Edad de Oro.⁸ La arquitectura se ha detenido en el siglo XVII con los consiguientes problemas de adaptación de servicios públicos e inventos modernos. Muchas veces la religión coopera en la formación de este conservatismo y se convierte en servidora de la filosofía agrocéntrica, al facilitar con ceremonias preestablecidas y repetidas las fórmulas que habrán de auspiciar el éxito de las faenas cotidianas. En esta forma la rutina religiosa corona y complementa la rutina agrícola.⁹

Este agrocentrismo conservador, esta dependencia de la tierra con exclusión del mundo externo del conocimiento general, de las ciencias y de las artes universales, hace que los recursos disponibles se dirijan naturalmente hacia lo inmediato, hacia lo conocido y rutinario: hacia el usufructo de la tierra, y que ésta se convierta en un asilo económico y laboral donde haya una acumulación mecánica de valorización. Uno de los resultados principales de esta actitud y de este limitado *Weltanschauung* es la fragmentación de la explotación.

Como queda descrito, el problema socioeconómico de Boyacá se complica por la alta incidencia de esta fragmentación, lo

⁶ O. Fals-Borda, *Peasant Society in the Colombian Andes...*, *op. cit.*, pp. 179-182.

⁷ O. Fals-Borda, "Notas sobre la evolución del vestido campesino en la Colombia central", en *Revista Colombiana de Folklore*, segunda época, N° 2, junio de 1953, pp. 139-147.

⁸ O. Fals-Borda, *Peasant Society in the Colombian Andes...*, *op. cit.*, pp. 175-179. Véase Rufino José Cuervo, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, París, R. Roger y F. Chernoviz, 1914, p. XXIV.

⁹ O. Fals-Borda, *Peasant Society in the Colombian Andes...*, *op. cit.*, pp. 223-230. Sin embargo, ha habido algunas actitudes positivas de la Iglesia que indican una saludable reacción en este sentido. Sobresale, entre todas, la iniciativa de educar por medio de la radio, a cargo de Acción Cultural Popular (Radio Sutatenza), con sus actividades adicionales, mejoramiento del hogar, deportes, artes manuales, etc.

cual indica a su vez el grado de agrocentrismo que han alcanzado los campesinos locales. Cómo puede mejorarse esta situación, requiere cuidadoso análisis. En primer lugar, al expandirse el compás mental de los agricultores, al enriquecerse su concepción del mundo por medio de la educación y de los contactos con extraños, habría alivio, puesto que los recursos podrían entonces dirigirse a avenidas ya conocidas pero distintas de las de comprar tierra como mera especulación o como seguro de vida. Una solución parcial sería establecer una legislación que regule la forma de transmitir las propiedades a los hijos; y podrían estudiarse las leyes de concentración parcelaria y su aplicación en España, Suiza o Alemania, con miras a su adaptación en nuestro medio. Sin embargo, como medida de transición podrían conservarse ciertas características favorables de la fragmentación, como por ejemplo la de facilitar al agricultor una fuente constante de entradas económicas y alimentos por el cultivo de lotes a diversas alturas y en épocas distintas. Desgraciadamente el nivel de vida no podrá subir mientras no mejoren los sistemas de producción agropecuaria, lo cual es difícil de conquistar en propiedades pequeñas y fragmentadas.

Estos antiguos métodos de producción o sistemas agrícolas conservados desde la era neolítica, también deben ser causa de preocupación para los científicos sociales y los planificadores. La inversión en el uso de la tierra con predominio del minifundio, el alto costo y rentabilidad de ella, la ignorancia en el uso de abonos, la falta de herramientas más eficientes, de semillas mejoradas y precoces, de conocimientos racionales de prácticas agrícolas, de medios fáciles de transporte, de depósitos y canales de distribución de productos y de una política firme de precios mínimos, han sido causas de que haya un bajo rendimiento por trabajador y por unidad de tierra y una impresionante pobreza.

El boyacense no selecciona ni desinfecta la semilla; no conserva los suelos, excepto al cultivar la papa conforme a la manera indígena; no mejora sus pastos ni poda sus árboles frutales; poco abona; no conoce la guadaña de cuna ni el arado de vertedera. Todo esto implica una ingente tarea para el Estado: implica inves-

tigación, experimentación y extensión agrícolas, así como crédito agrícola, todo en escala extraordinaria.¹⁰

Considerando que Boyacá ha estado dando emigrantes que se desplazan a largas distancias (en su mayoría hombres), la carestía de mano de obra se ha tornado aguda y esta situación está forzando poco a poco al uso de maquinaria. Un alivio del problema se obtendría con la introducción de la agricultura técnica y con la adopción de herramientas y equipos mejorados, como queda dicho, los cuales al conseguir un mayor rendimiento de la tierra, del capital y del trabajo sin inversiones prohibitivas, harían avanzar a la sociedad más allá de su presente etapa del complejo del azadón y del arado rudimentario. Esta evolución a su turno podrá ser un vivero de nuevos y quizás más complicados problemas; pero de todos modos, al poner a prueba la ingeniosidad de los afectados, podría contribuir a su edificación.

La introducción de maquinaria y de utensilios más eficientes requiere campesinos que estén mejor educados y entrenados. Es evidente que el sistema de valores agrarios vigente hasta hoy está sufriendo el impacto de la economía comercial, a medida que la sociedad local se integra, con nuevo espíritu, a la vida total del país. Los boyacenses tendrán que convertirse en verdaderos empresarios capaces de utilizar inteligentemente el tiempo, el capital y los otros recursos disponibles —en la empresa y fuera de ella, como en elementos de prestigio distintos de los de la tierra—, dejando de ser meros sirvientes del suelo, es decir, superando la

¹⁰ Parece increíble, pero sólo en diciembre de 1956 se organizó por primera vez en Boyacá una Secretaría Departamental de Agricultura. Sus trabajos serán muy útiles. En este sentido es justo relieves la labor que desde enero de 1954 está llevando a cabo en Boyacá el Servicio Técnico Agrícola Colombiano Americano (STACA), entidad del Ministerio de Agricultura de Colombia y punto IV de los Estados Unidos. Doce agrónomos trabajan en sendos sectores de extensión agrícola, asesorados por asistentes de campo y mejoradoras del hogar. Nuevas técnicas y enseñanzas han sido introducidas, así como semillas mejoradas e implementos más eficientes. Su trabajo ha sido coordinado con las granjas departamentales de Nuevo Colón, Paipa, Duitama, Toca, Leiva, Guateque y Garagoa. Véase O. Fals Borda, *La extensión agrícola en Boyacá: descripción y evaluación*, Bogotá, STACA, septiembre de 1956; también está disponible el texto en inglés del mismo estudio.

etapa precapitalista y agrocentrica en que se encuentran. Además, muchos de ellos deberían aprovechar el fomento de las industrias locales o de fuera de Boyacá, así como de las obras públicas, para cambiar de profesión y encontrar alternativas satisfactorias de las cuales obtener un ingreso adecuado.

Esta última tendencia a abandonar la agricultura —causa real y actual de la emigración rural— no debe ser mirada con malos ojos por los planificadores. En realidad representa una de las salidas naturales de la encrucijada en que se encuentran muchas gentes del departamento. Porque no es posible que se pretenda mantener en sus parcelas y viviendas —en “desempleo disfrazado” a elementos jóvenes y progresistas que si se dedicasen a la agricultura, no harían sino perpetuar la miseria colectiva, al continuar practicando la tradicional profesión con pérdidas o con muy pocas ganancias.¹¹ No puede esperarse que la misma finca que apenas permitió vegetar al padre y a su familia vaya a sostener a todos los hijos con sus respectivas familias. Algunos de éstos tienen que emigrar o cambiar de profesión.

Para efectuar esta transición, Boyacá tendría que hacer un esfuerzo para dejar su poco envidiable posición como el departamento más analfabeta de Colombia y el más atrasado en asuntos de vivienda y servicios públicos.

Si su conservatismo (en el sentido sociológico, no en el político) tiene sus raíces en el presente sistema agrario, como se ha ex-

¹¹ A pesar de los avisos que algunos ministerios han publicado en revistas mostrando ganancias en la agricultura (“¡Cultivar enriquece! Desprenda este cuadro y consúltelo diariamente”), otros estudios de seriedad demuestran que la profesión agrícola no mecanizada (que incluye la inmensa mayoría de los campesinos) apenas da lo suficiente para subsistir y aún pérdidas considerables. No en otra forma se explica la protuberante realidad de la indigencia de nuestras gentes rurales. Uno de esos estudios demostró que el valor del jornal trabajado era inferior al jornal promedio en la respectiva región. En otras palabras, más valdría a muchos campesinos jornalear para otros que ponerse a cultivar por su cuenta y correr los riesgos respectivos. Véase Aníbal Torres, *Costos de producción agrícola en Boyacá*, Bogotá, STACA, 1955; O. Fals Borda “Costos de producción agrícola en un minifundio: el trigo”, en *Agricultura tropical*, Bogotá, septiembre de 1956, pp. 603-608; Roberto Pineda Giraldo, “Estudio de la zona tabacalera santandereana”, Bogotá, s.e., 1952, pp. 43-57.

plicado, entonces debería dejar de ser conservador. La tradicional pasividad y el agrocentrismo que se transmiten como herencia cultural deberían dar paso a una actividad constructiva y a una producción racionalizada. Es necesario que varíen ciertas actitudes pasivas que tienen como base el tipo antiguo de agricultura que ahora se practica: el conceder un simple significado religioso a esta actividad, el depender de supersticiones, creencias y agüeros, el de aceptar impasibles las adversidades meteorológicas y etiológicas. Pues actualmente los agricultores no pueden matar gusanos aplastándolos y hasta hace poco ni aun con insecticidas, por miedo a cometer un pecado; no deben dejar de cosechar, aunque se pierda dinero en la recolección por lo pobre del rendimiento; no deben alimentar a los animales en la forma como se alimenta el cristiano; no deben quemar semilla aunque esté atacada de hongos, pues es un acto pecaminoso; hay que sembrar según la posición de la luna; hay que observar el “camino de hielo”, el canto de las mirlas, la posición de las hojas, la formación de las nubes y la intensidad y color de la luz solar, para saber si va a llover o si va a helar; no hay que vacunar si de todos modos Dios quiere que haya epidemias; hay que castrar animales según los signos del zodíaco y defender las heridas de los rayos de la luna. Y así muchos otros aspectos.

Finalmente, cabe recordar que el sistema de tenencia de la tierra dio origen a un sistema político basado en el gamonalismo (en la escala local) y en el caudillismo (en la escala nacional), así como a innumerables abusos en los contratos, especialmente los de arrendatarios, vivientes, agregados y concertados, y que muchas de estas situaciones provienen de los ajustes territoriales de los visitantes durante la época colonial.

Es cierto que debido a la subdivisión de resguardos indígenas en los siglos XVIII y XIX predominan en Boyacá los propietarios absolutos y que muchos de éstos se caracterizan por su autorresponsabilidad y por su amor a la libertad. Precisamente, la revolución tenencial promovida por los reyes de España en apuros financieros e implementada por Berdugo y Campuzano abonó el terreno para la Guerra de la Independencia, al provocar des-

contentos, movimientos nativistas como el de Pisco y la caída del prestigio real. Sin embargo, por su situación inferior en la pirámide social, por el minifundio, estos propietarios no han podido llegar a ser sino subordinados en los asuntos públicos, peones pasivos en el gran juego de ajedrez del poder que han ejercido las élites y grupos de terratenientes. Aquella pasividad que hubieron de cultivar los antepasados de los campesinos durante la época colonial se manifiesta hoy en la docilidad política, especialmente en los arrendatarios, que componen una tercera parte de los agricultores boyacenses.

Pero ya se ha observado que una revolución se ha puesto en marcha al caer estos arrendatarios (y aun los minifundistas) en cuenta de su inferior condición y de la inequidad con que han sido tratados. Los “amitos” han tenido que ir desapareciendo y cierta actitud de rebeldía ha aflorado en campos antes considerados como paraísos ecológicos. Ya hay ansias de cambio, a medida que la población aspira más y más a la emancipación, a la superación de condiciones económicas, políticas y religiosas que a sus propios ojos han demostrado estar fallando o ser realmente las cadenas que impiden avanzar hacia un futuro mejor. La investigación señala como áreas en transición las marginales a los Andes. Pero en casi todas partes se siente el resquemor social.¹² Desafortunadamente este resquemor ha sido pie para innumerables abusos, como el desplazamiento y asesinato de finqueros y la extorsión de cosechas a mano armada por elementos que se han aprovechado de la situación política y de la falta de justicia, para enriquecerse con el trabajo de otros.

Lo que luego podría suceder no es de difícil predicción, pues ya ha tenido evidente desarrollo en otras partes. Sólo queda esperar que los colombianos, así como los nacionales de otros países en situación similar, al estudiar este problema humano —la enfermedad social del siglo— en forma serena y objetiva, logren

¹² Véase Eduardo Franco Isaza, *Las guerrillas del llano*, Caracas, Universo C.A., 1955, pp. 183, 193, 244, 261-262. El problema de la tierra fue una de las condiciones principales de lucha entre los llaneros y el gobierno.

encauzar las soluciones por canales amplios y justos. El problema que se plantea es simplemente el de acelerar el ritmo de cambio positivo (los últimos estudios antropológicos tienden a mostrar que el cambio cultural rápido y total es mejor y menos traumático que el que toma mucho tiempo y es parcial), y como se expresa al comienzo del capítulo, darle a este cambio una orientación constructiva.

¿Qué hay que cambiar? Las diversas secciones de esta obra y la presente conclusión señalan aspectos específicos que, si se estudiara el país, se verían duplicados en muchas otras regiones. Debe subrayarse la opinión de que una verdadera reforma agraria no se reduce al problema de la tenencia o al uso “económico” de la tierra, como ha habido la tendencia a considerar en Colombia y en otros países latinoamericanos. Hay que ir más allá de la Ley 200 de 1936 —pues no se necesita de una sola ley sino de varias— para incluir el aspecto global según se presenta en estas páginas:

- Servicios públicos y comodidades como agua, luz y carreteras (especialmente las veredales y las de penetración a fincas) con base en la forma dispersa de poblamiento, pero con actividades culturales que desarrollen el espíritu de cooperación y disminuyan el agrocentrismo.
- Adopción del sistema astronómico para determinar propiedades y fijar títulos legales, incluyendo el uso del agua y entradas.
- Facilitación del proceso legal de la herencia y modificación acorde del régimen de sucesiones.
- Regulación de la transmisión de la propiedad para evitar la fragmentación y el minifundio.
- Consolidación de fincas pequeñas para formar explotaciones familiares que aseguren mayores entradas y menores costos de producción; y establecimiento de un mínimo de 50 hectáreas para adjudicaciones en áreas de nueva colonización.
- Reducción de latifundios por medio de compulsiones tales como impuestos progresivos sobre la tierra inexplotada.

- Reglamentación de contratos de aparcería y arrendamiento para hacerlos más justos y menos precarios para los trabajadores.
- Tecnificación y racionalización de la agricultura y la ganadería por medio de programas de extensión, y prestando atención preferente al combate de enfermedades y plagas.
- Mejoramiento de utensilios y herramientas para aumentar la eficiencia en las tareas agrícolas, especialmente en las fincas pequeñas y explotaciones de vertiente, e introducción de equipos de tracción animal y de maquinaria, con sus servicios de repuestos, donde sea posible.
- Introducción de semillas precoces, resistentes y de alto rendimiento vegetativo y económico.
- Diversificación e intensificación de la producción agrícola y animal en minifundios que no puedan consolidarse, con cómodo suministro de agua, para asegurarles un mayor ingreso.
- Fomento de un uso más económico de la tierra (especialmente de las vertientes) que proscriba el despilfarro de los recursos naturales y el desequilibrio en la subsistencia de los agricultores residentes, y de pastoreo, la irrigación, el drenaje y la forestación donde sea más conveniente.
- Regulación de mercados y el mercadeo, con información sobre precios para que las ganancias lleguen más al productor que a intermediarios, con facilidades de transporte para disminuir el localismo, con depósitos particulares o colectivos y con requisitos definidos para calidades y empaques.
- Facilitación del crédito para el pequeño agricultor, quitándole el aspecto fríamente bancario.
- Apertura de nuevas regiones y canalización de corrientes migratorias colonizadoras.
- Refuerzo de las veredas y municipios dándoles más autonomía y recursos fiscales para gobernarse a sí mismos y resolver sus propios problemas, especialmente el educativo y vocacional, el de la justicia y seguridad rural y el de los servicios públicos. Los impuestos sobre la tierra podrían dedicarse a estas actividades.

Se dirá que ya hay entidades gubernamentales y privadas trabajando en muchos de los aspectos mencionados. Magnífico. En este sentido puede sostenerse que el país ha estado avanzando hacia la reforma agraria, y que le falta únicamente encarar ciertos problemas. No obstante, si se desea seguir de forma más efectiva y rápida y que produzca los menores traumas posibles —además de hacerles frente a aquellos problemas hasta hoy ignorados o tan graves que se posterga su solución— es necesario coordinar o “planificar” lo que se pueda hacer en los diversos frentes. Esfuerzos esporádicos y parciales no llegan a afectar el complejo todo y antes producen desequilibrio en el desarrollo económico. También es cierto que existen organizaciones de planeamiento; pero, con todo respeto, sus planes hasta ahora han carecido por lo general de fundamento en la realidad. ¿No se podría planificar con un reajuste efectivo del presupuesto nacional la ejecución cuidadosa y coordinada de trabajos tan claramente determinados como en la relación anterior?

La meta principal de la reforma agraria debe ser el bienestar socioeconómico que viene con el aumento parsimonioso de la producción, y la superación física y cultural del hombre del campo como elemento indispensable para la prosperidad nacional. Indispensable, porque como es un hecho de antiguo conocido, el país no podrá avanzar al paso que debiera si las masas campesinas mayoritarias no obtienen más poder adquisitivo y se tornan en consumidoras a la vez que productoras; la industrialización del país debe ir acompañada del fomento agrícola, si se quiere que la primera esté bien cimentada.

De igual forma, leyes o disposiciones que sobrepongan intereses de grupo sobre los intereses de toda la sociedad, deben descartarse. En pocas cosas se necesita de más ecuanimidad e independencia ideológica que en el planteamiento y en la solución del problema de la tierra en su doble arista técnica y humana. La cuestión es nacional, y por lo mismo compete al Estado dirigir la transformación, pues ella permea todas las capas sociales, a la vez que cubre actividades de diversa índole.

Por lo mismo, se necesita una solución ecléctica, de altura y de visión, que asegure a los interesados un futuro mejor. En este aspecto no debería haber vencedores ni vencidos, sino un ajuste de intereses y situaciones con miras a la bienandanza del conjunto social.